



Eucaristía en la Jornada por los afectados por la Covid-19

*S. I. Catedral de Orihuela
Domingo 26 de julio de 2020*

En este solemne funeral por las víctimas de la pandemia, que estamos celebrando en nuestra Santa Iglesia Catedral, nos unimos a todas las diócesis de la Iglesia en España. Hoy nuestras diócesis lloran a las víctimas; en una Jornada cuyo centro es la Eucaristía que ofrecemos por el eterno descanso de todos los difuntos y el consuelo y la esperanza de sus familiares, dando gracias a Dios por todo el sacrificio y el trabajo abnegado de tantas personas y colectivos, aquí representados, y elevando nuestras oraciones por los que han sido grandes afectados por este virus, los mayores.

Desde la Conferencia Episcopal se ha querido centrar la atención en ellos, de ahí que esta Jornada se haya hecho coincidir con el Día de los Abuelos, 26 de julio, con el día que la Iglesia hace piadosa memoria de los santos Joaquín y Ana, padres de la bienaventurada Virgen María, patronos de los abuelos.

Esta especial sensibilidad hacia nuestros mayores recorre el mensaje de la CEE para este día, afirmando: “Desde el pasado mes de marzo hemos podido contemplar como los más afectados por este virus han sido los mayores, falleciendo un gran número de ellos en residencias, hospitales y en sus propios domicilios. También nuestros mayores son los que más han sufrido el drama de la soledad”. Me atrevo a considerar en este punto que, quizás, la pandemia ha sido horrible circunstancia que ha venido a evidenciar clamorosas carencias y abandonos para con los mayores de nuestra sociedad; consecuencia de abandonar que el amor y el respeto sean el fundamento de las distintas etapas de la vida, sobre todo cuando ésta viene con dificultades y pruebas diversas.

A ellos, a nuestros mayores, grandes víctimas de la pandemia, queremos ofrecer, junto a nuestra oración sentida al Señor por ellos, nuestro aliento y nuestro reconocimiento por todo el esfuerzo realizado a lo largo de sus vidas, gastadas para transmitirnos los bienes que tenemos, especialmente el testimonio de una fe viva, las familias en las que hemos nacido y crecido, y el legado de una sociedad mejor. A todos ellos, les expresamos la enorme valoración que hacemos del conocimiento y la experiencia que aportan cada día a nuestras vidas. Es un tesoro de valor incalculable que nos enseña a adaptarnos al mundo que vive instalado en la instantaneidad y el cambio permanente. Cuanto podamos hacer por ellos y cuanto podamos decir de ellos, sencillamente se lo debemos. Es una gran deuda hacia ellos contraída por nuestra Iglesia y nuestra sociedad.

Tal como les decía en el inicio de esta predicación, en esta celebración eucarística estamos invitados, también, a dar gracias a Dios por todas las personas y organizaciones que han venido a prestar un servicio especial en el marco de esta dramática pandemia que todavía estamos viviendo; a ellos les ofrecemos sentido homenaje, al finalizar la Santa Misa, en unos breves momentos en la Puerta de las Cadenas de la Catedral, a todos los que han estado y siguen estando en primera línea, resaltando su gran labor llevando a cabo la atención y el servicio a los más vulnerables, y a las personas que han sufrido y sufren la enfermedad y sus consecuencias. En este sentido, quisiera tener un especial

recuerdo para todo el personal sanitario, de seguridad pública y de servicios, también sacerdotes, entre muchos otros, que lo han dado todo para cuidar y asistir a las personas. Incluso, en algunos casos, llegando al punto de dar la propia vida. Gracias, de corazón, por encarnar en vuestras vidas la solidaridad y el amor.

En cuanto a todas las misas en las que rezamos por los difuntos en el drama de esta pandemia, también hoy, se hace como muy presente el sentimiento de que estamos dándoles la despedida que muchísimos de ellos no pudieron tener y como compensando a tantos familias que sufrieron la amargura de un duelo en soledad, sin posibilidad de oraciones y gestos de amor en comunidad.

Hermanos y hermanas: Cristo, el que nos ha hablado, en el Evangelio de este domingo, en las parábolas del tesoro escondido y la perla, ofreciéndonos su sabiduría, nos da la clave para encarar las situaciones más duras. Si leemos el Evangelio con atención veremos que Jesús no se resigna jamás ante el mal. Lucha contra él hasta el final. Su muerte e la cruz es el signo más grande de solidaridad con todos los crucificados por esta pandemia, con todos los crucificados de la historia y del mundo. La resurrección de Cristo es la esperanza de todos los que han perdido a sus seres queridos. Cristo nos lleva al Padre. Cristo es la resurrección y la vida. Quien cree en Él, aunque muera, vivirá.

El Señor resucitado nos anima hoy a orar por nuestros hermanos fallecidos durante el drama de estos últimos meses. El nos promete que la muerte no tiene la última palabra, que si creemos en Él y vivimos amando, a “final de los tiempos”, no seremos rechazados por la maldad de nuestra vida –como nos acaba de recordar el Evangelio-, sino que nos espera una vida llena de paz y profundo gozo. Así nos lo recuerda el Prefacio que proclamaremos en esta misa de difuntos: “Porque la vida de tus fieles, Señor, no termina, se transforma y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo”. Por ello, podemos decir, que celebrar la Eucaristía por los difuntos reorienta la mirada: los muertos ya no están en el pasado, sino en el horizonte de esperanza de nuestro futuro. El vínculo entre vivos y difuntos, recreado por el Misterio Pascual de Jesús, ya no se debilita por el transcurso del tiempo, sino que se fortalece al contemplar la Vida nueva y eterna de la que vivos y difuntos somos partícipes, y que misteriosamente se recrea en cada Eucaristía.

En las presentes circunstancias, el Señor espera que le abramos la puerta de nuestro corazón para que compartamos con Él nuestro sufrimiento. Tengamos “un corazón sabio e inteligente”, por gracia de Dios, como Él concedió a Salomón y nos ha dicho en la primera Lectura del primer Libro de los Reyes. No nos quedemos encerrados en las crisis que nos están marcando como país ni hundidos en el drama de la pandemia con todos sus interrogantes, tengamos abiertas las ventanas a la trascendencia, a Dios, a su amor.

Hace no llega a dos meses, aquí mismo, renovábamos nuestro amor, el amor de Orihuela por nuestra Patrona, Ntra. Sra. María Santísima de Monserrate. Hoy recordamos el luminoso centenario de su Coronación, recordamos que ella, María, nos fue regalada, ya, por Jesús mismo en la cruz, allí nos la dio como nuestra madre. Pidamos a Ella que nos enseñe a estar, a seguir estando, al pie de la cruz de todos los que sufren; ese es nuestro lugar –más que nunca sensibles y solidarios-, y a estar, en medio de las contrariedades del tiempo presente, siendo portadores de ánimo, portadores de la buena noticia del Evangelio. Con la fuerza de la fe, que libera del miedo; abrazados al Señor para abrazar

la esperanza –como nos decía Papa Francisco (27 de marzo de 2020)-; abrazados a la esperanza para reconstruir y sostener a los hermanos. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante